



BAMBALINAS

EL MONSTRUO RÍE

ORIGINAL DE BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

PASCAL GREVIN. Sergio Sánchez Shaw

OTTO BINNENTHAL. Carlos Ibarra

PAYASO CHARLATÁN. Álex Chacón

HERMANA ESPERANZA. María Besant

*Con la colaboración especial de Rubén Hernández
como la voz del Enano Marcel

ILUMINACIÓN. Irene Cantero

VESTUARIO. Marta Santolaya

ESCENOGRAFÍA. Víctor Navarro

CREACIÓN SONORA. Mariano García (Studio 340)

DISEÑO GRÁFICO. Salva López

ADAPTACIÓN Y DIRECCIÓN. Laura Ortega

SINOPSIS

La acción transcurre en el París ocupado por los nazis.

Pascal Grevin, periodista del semanario *Le Dossier*, emprende un recorrido por los Circos de Fenómenos de toda Europa, después de haber sido retirado temporalmente de la redacción del periódico por destapar un asunto políticamente embarazoso. Su encargo consiste en revelar la vida secreta de los monstruos que habitan estas ferias ambulantes.

En este viaje conoce al Enano Marcel, “Rosa La Gruesa”, el Payaso Charlatán, Violeta “La mujer tronco”... personajes monstruosos que vuelven del revés todos los prejuicios periodísticos del cínico Grevin.

En sus entrevistas, los monstruos sonríen. Unas sonrisas que se convierten en espejo y vuelven contra él sus propias preguntas: ¿quién es el monstruo?



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

CADA ALMA ES UN CIRCO

Era el título de una pieza del repertorio de la Compañía de Martha Graham. La pude ver en Pamplona a mediados de los años ochenta, y además del recuerdo de su coreografía, guardé su título, desde el mismo momento en que lo leí en el programa de mano, como algo más que un título (más tarde supe que provenía de un poema de Vachel Lindsey). Que cada alma es un circo es una iluminación, una advertencia, una aprensión: un hecho. Ese espacio vacío –como el teatro, según Peter Brook– que es el alma, se agita paradójicamente a cada paso, a cada palabra y a cada acción como una pista repleta de máscaras, riesgos, fuerzas, destrezas, portores, soledades; donde la vida brilla y a la vez se pone en juego. Somos, en nuestro fuero interno, ese circo tumultuoso y especular. En él desfilamos cada día, atractivos y atraídos, extraños y extrañados, sin saber si somos el payaso listo o el tonto, sin saber si somos actores o espectadores, sin saber a quién pertenecemos ni a quién nos debemos, sin saber qué tipo de fenómeno somos, sin saber, en definitiva, qué monstruo somos. El alma es ese tipo de feria. Qué mayor espectáculo que el alma. Poco después de aquella coreografía de la Graham –y sumado a mi afición por los que llaman los franceses las atracciones de *fête foraine*, quizá provocada por haber podido ver aún de niño en las barracas de mi ciudad, Logroño, a una ‘mujer serpiente’– cayeron en mis manos unos viejos tomos de la revista *La Estampa*, entre cuyas páginas encontré la serie de reportajes de Jules Masson publicados entre marzo y abril de 1936 bajo el título de *Entre los monstruos*. Los textos y las fotografías certificaban las imágenes, figuras e historias recogidas (o a recoger) por películas como *Freaks* (1932) o *Se acabó el negocio* (1964); o más recientemente, la asombrosa serie de televisión *Carnivale* (y cada alma es, sin duda, un carnaval). Circulé a través del discurso de Masson –localizado a mediados de los años treinta del siglo XX (huevo de serpiente de los fascismos)– intentado componer una fábula sobre nuestro lado, reflejo o complicidad –desde la supuesta ‘normalidad’– en los diferentes grados de monstruosidad, física, moral e histórica. Laura Ortega ha sido la jefa de pista del alma de mi texto, y su Compañía los actores de este circo de espejos, de sombras, de ecos, de seres partidos, de risas que resuenan –según ‘el monstruo’– con una sordina de lamento, de canto o de cinismo.

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

“Debe usted saber, señor Grevin, que los monstruos no nacen: los monstruos se hacen. Sin ir más lejos, a cien kilómetros de Budapest, en la aldea de Palicek, están preparando para mí dos.. “fenómenos” que darán mucho que hablar. He quedado en visitar hoy mismo a sus familias para llevarles los contratos. ¡Todo legal! como puede ver, señor Grevin”.

OTTO BINNENTHAL

(SER) EN LA MIRADA DEL OTRO

Si Pascal Grevin hubiese asistido durante la ocupación de París al estreno de *A puerta cerrada*, al escuchar de boca de un personaje sartreano “*el infierno son los demás*”, seguramente se hubiera sonreído: el infierno son los demás *mirándome*.

Para nuestra puesta en escena, el monstruo *es*, al monstruo *lo ven*. El monstruo lo crea la mirada de los demás y más concretamente el canon de la mirada común. Lo que les decimos a los niños es verdad: los monstruos no existen. Los monstruos son creaciones de nuestra mirada social. Y por este mecanismo, todos corremos el peligro de convertirnos en un monstruo. Todos somos Víctor Frankenstein y su criatura al mismo tiempo.

En este viaje al infierno de la memoria, Bernardo Sánchez Salas nos ha invitado a ser espectadores y observados, víctimas y verdugos, los fenómenos de la feria y los *normales*. Hemos aceptado ser monstruos para preguntarnos qué hay de espantoso en ese reflejo del espejo.

Así que, queridos monstruos, bienvenidos a nuestra carpa.

LAURA ORTEGA



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS



Equipo de “El monstruo ríe”

EL MONSTRUO RÍE

original de
BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

Inspirada libremente en la serie de reportajes que bajo el título de “Entre los monstruos”, publicó la revista gráfica *Estampa* entre los meses de marzo y abril de 1936.

Every soul is a Circus
Marta Graham

DRAMATIS PERSONAE¹

PASCAL GREVIN, periodista del semanario parisino *Le Dossier*.

OTTO BINNENTHAL, empresario húngaro de “fenómenos” humanos.

PAYASO CHARLATÁN, animador de Barraca de Feria.

HERMANA ESPERANZA, monja franciscana de la Abadía de La Devéze.

EDMUND MAYER, empresario de fenómenos.

VOCERO DE PRENSA

Las “creaturas”:

“IT”

“ROSA, LA GRUESA”

“VIOLETA, LA MUJER TRONCO”

“EL ENANO MARCEL”

HEINRIK PORTEN

MARTA GERO

EL PEQUEÑO SIKLOSSY

1. Algunos personajes masculinos y femeninos diversos pueden estar interpretados por un mismo actor/actriz.



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS



Escenario de “El monstruo ríe”

ESCENARIO

Estará compuesto por tres elementos que, a su vez, demarcan tres zonas de actuación:

Zona A

UN ARCHIVADOR de oficina, antiguo, de madera, con tres cajones correderos. Está iluminado por una BOMBILLA de poco vataje con una tulipa y cable forrado de hilo, como el de las planchas viejas. A su lado habrá un perchero.

Define el margen izquierdo del escenario y la acción que se desarrolla en él.

Es la zona del negocio, de la empresa, de los datos: la zona, por lo tanto, de los empresarios BINNENTAHL y MAYER.

También es un resto de la vieja redacción del seminario Le Dossier, y por eso es frecuentada también por PASCAL GREVIN.

Es un archivador/panteón: contienen el inventario de los seres referidos a lo largo de la función. Al final de ésta, los cajones se cerrarán sobre sus historias, clausurándolas.

Zona B

LA FACHADA DE UNA BARRACA DE FENÓMENOS DE LA FERIA. Contiene un escenario con telones pintados con las atracciones y un ciclorama. Se accede a él por una escalera de madera.

Se sitúa en la zona central media de la escena.

En la fachada cuelgan dos apliques de LÁMPARAS DE GAS.

La pintura de los telones está cuarteada.

Es un teatrino con aspecto abandonado, sólo redivivo por la memoria eventual del periodista narrador.

Parece como si hubiera formado parte de una feria abandonada.

Sobre el escenario de la Barraca sólo aparecen fantasmas, sombras, viejos murales publicitarios de las creaturas en exhibición.



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

Zona C

Una **BANQUETA DE MADERA**. En la zona derecha del escenario. Colocada en paralelo al archivador.

Es una banqueta de médico, de perito y de monja.

Destaca en esta zona, la intervención de la **HERMANA ESPERANZA**, franciscana de la Abadía de La Devèze o “de los monstruos”.

LA ACCIÓN

Tiene lugar en París, durante la ocupación nazi; unos años después de la publicación en el semanario *Le Dossier* (1936) de una serie de seis artículos titulados “Entre los monstruos”, cuyo autor era el periodista Pascal Grevin.

El conductor/narrador/charlatán/jefe de pista/periodista Pascal Grevin establecerá un diálogo aparente y simultáneo con el público de la sala y con algunos personajes de su pasado. Los tiempos y espacios se superponen.

El escenario, en un principio, se encuentra sumido en una semioscuridad brumosa. Se introduce, tenue, imitando el silencio, el sonido de un piano que inicia el fraseo de las *Vexations* de Erik Satie.

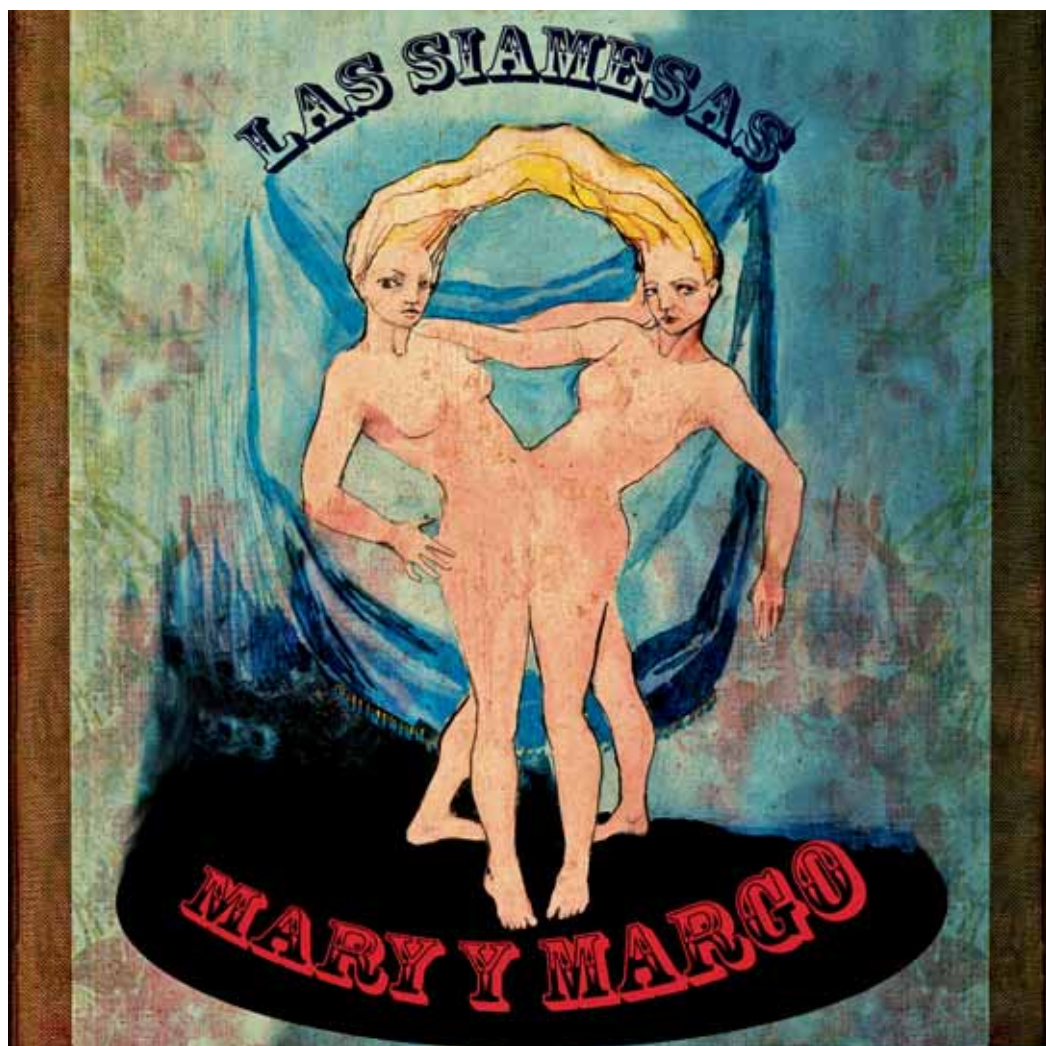


Escenario de “El monstruo ríe”



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS



Figurín de las siamesas

I

Un teloncillo pintado de barracón circense comienza a traslucirse vagamente, como una transparencia, como un cristal de linterna mágica.

Sobre su tela se adivina el perfil –desdibujado por el tiempo y cuarteado por la intemperie del olvido– de una atracción “humana”, coronada por su apodo artístico.

El telón aparece apenas clareado por un mortecino y lejano punto de luz, por un fuego fatuo. Empieza a moverse. Se ondea morbosamente como los visillos de un caserón abandonado, impulsado por un viento letal que no viene de ninguna parte.

Quizá sólo le mueve la misteriosa e inerte melodía de Satie.

*Irrumpe el reclamo de un voceador de prensa. El vocero de prensa reparte los programas de mano entre el público, mientras anuncia la primera entrega de *Le Dossier*.*

VOZ EN OFF.- ¡Compren *Le Dossier*! ¡Número extraordinario de *Le Dossier*, la revista gráfica semanal! ¡Lea la primera entrega de “Entre los monstruos”! ¡Enanos, hombre-perro, hermanas siamesas, la mujer barbuda, el niño-lagarto! ¡Conozca los fenómenos humanos! ¡Vea las fotografías de los seres deformes! ¡El cíclope, la mujer-tronco! ¡Sensacional reportaje! ¡“Entre los monstruos”! ¡Primera entrega! ¡Se agota la edición! ¡Entrevista con los fenómenos de la naturaleza! ¡Esta semana en *Le Dossier*, la revista gráfica semanal! ¡Fotografías auténticas, entrevistas verídicas! ¡“Entre los monstruos”! ¡Compre su ejemplar! ¡La vida oculta del circo en *Le Dossier*!...

[Finalmente entrega un ejemplar del periódico a Pascal Grevin que está vistiéndose en el centro de la barraca. Suena un redoble circense. Se enciende un cañón de luz, que incomoda al joven periodista. Comienza su función].

[Se van desvaneciendo las Vexations, la transparencia del teloncillo de barraca y la publicidad del voceador callejero.

Cuando la escena ha recuperado la oscuridad y el silencio, la mano de Pascal Grevin, acciona –produciendo el efecto de un gatillo– el interruptor/cadenilla colgante que enciende una bombilla oficinesca que ilumina el mueble archivador y el contorno de su propia persona (la ZONA A). Va en camisa y chaleco. En uniforme de redacción de periódico.

Grevin se dirige a los espectadores].



PASCAL GREVIN.- Mi nombre es Pascal Grevin. Soy periodista de profesión, aunque hace tiempo que no ejerzo. Trabajé durante un tiempo en el semanario *Le Dossier*, que se editaba aquí, en París.

Fui corresponsal, redactor de local y hasta reportero gráfico si hacía falta. Me encargaban trabajos curiosos, algunas veces y simplemente difíciles, otras. Puedo recordar que, en los primeros meses, entrevisté a vedettes del “Molino Rojo”, a videntes, a cocineros chinos, a conductores de “bateau-mouche”, a librereros de la orilla izquierda, al faquir del Museo de Cera, a maleteros de la estación del Norte incluso a Max Linder. Eran los trabajos más divertidos.

Más adelante me pidieron que me ocupara de la crónica negra de ciertos boulevares. Me tocó el asesinato de Madame Estrella en el “Jardín de las Plantas”, el caso de la red de proxenetas protegidos por el prefecto de policía del quinto distrito, la historia de Dominic, aquel pobre botones cleptómano del “Ritz”... en fin, aún se recuerdan los más famosos.

Pero llegó el día en que la cosa se puso peligrosa: destapé un asunto oscuro, de los muchos que se cocían en las faldas del “Sagrado Corazón”. Mi artículo, por lo visto, había ido demasiado lejos. En el periódico se pusieron muy nerviosos, a pesar de que triplicó sus ventas por el escándalo que supuso. El director decidió retirarme un tiempo de la circulación y hacer desaparecer mi firma de sus páginas.

Sin embargo no se trató de un despido. Ojalá me hubieran despedido.

Sin residencia fija los meses que iba a durar mi... llámenle si quieren “excedencia”. El encargo era visitar circos de toda Europa y América; pero no circos ordinarios con focas amaestradas, niños malabaristas y perritos que bailan el canacán. No. Esos ya se conocían de sobra. Los circos a que me refiero eran barracas de “Fenómenos”: ferias ambulantes de monstruos humanos.

[Pascal Grevin desliza despacio un cajón del archivador: reabre el caso y con él su historia personal] [Sale Otto Binnenthal con gabardina, sombrero y un maletín entre las manos].

Mi trabajo consistía en conocerlos personalmente, hacerles preguntas, fotografiarles; hablar con los empresarios, con las familias: descubrir sus vidas. Con toda la documentación que me fuera posible obtener, *Le Dossier* fabri-



Otto Binnenthal



caría, a mi vuelta, un reportaje de los llamados “sensacionales” en varias entregas, como si se tratase de un folletín.

[Pascal Grevin extrae del interior del cajón un fajo de francos y un billete de tren. Se pone una gabardina que estaba colgada del perchero y un sombrero. Se mete el dinero en el bolsillo del pantalón y el billete en el bolsillo de la gabardina] [Otto Binnenthal le coloca su gabardina, su sombrero y le entrega el maletín. Se despiden].

Me metieron en el bolsillo dos mil francos y un billete de tren para Centro Europa. Mi contacto sería un tal Otto Binnenthal, de Budapest.

Cualquier pretexto era bueno para alejarme de París. Salí aquella misma noche. El encargo me parecía grotesco, pero no tenía elección.

[Estalla el fragor de un tren. La luz de la bombilla oscila: se asemeja a una farola de estación entrevista como con obturador a través de las ventanillas de un tren en marcha. Se mezcla en el sonido, el rumor de un circo].

II

Un foco de cañón ilumina a un payaso charlatán apostado delante del telón corrido del barracón de fenómenos que alumbra su fachada de madera y tela ilustrada con dos lámparas de gas (ZONA B). [Se presentan las atracciones de los fenómenos humanos, con las proyecciones de los teloncillos sobre la carpa de la barraca. Primera proyección: “Mary y Margot, las hermanas siamesas”].

CHARLATÁN.- ¡Mary y Margot! ¡Unas hermanas nada corrientes! ¡Vieron la luz el mismo día del año, a la misma hora, el mismo minuto y bajo el mismo cielo de California hace veintitrés años! ¡Comparten un padre, una madre, los mismos glúteos, el estómago y el vientre... y el mismo oficio: hermanas siamesas de nuestro circo!

[El charlatán congela su gesto. Se ocluye el foco de cañón. Vuelve a retumbar el tren y a oscilar la bobilla del archivador. P. Grevin permanece a su lado. Dura unos segundos esta ráfaga de transición.

El cañón dispara, de nuevo, sobre el telón de la barraca. El mismo payaso anuncia: retoma su papel] [Segunda proyección: “El enano Marcel”].

CHARLATÁN.- ¡Vean al hombre que solo mide setenta y cinco centímetros y que ya tiene cuarenta años! ¡El enano Marcel! ¡Ha estado tres veces en Japón, ha recorrido América de punta a punta y ha cruzado diez veces Europa! ¡El enano Marcel ha dado cinco veces la vuelta al mundo! ¡Y es un fenómeno real! ¡Un ser aparte!

[Se repite la transición anterior en todos sus movimientos] [Tercera proyección: "Rosa, la Gruesa"].

CHARLATÁN.- ¡Vean nuestra gran exhibición! ¡Rosa, la Gruesa! ¡280 kilogramos de peso! ¡Dos metros noventa de altura! ¡Dos muslos como las columnas de Hércules! ¡Dos brazos como dos troncos!

[El payaso CHARLATÁN hace ademán de abrir una rendija en el telón].

CHARLATÁN.- ¡Rosa la Gruesa asomará su enorme brazo derecho envuelto en franela rosa por la abertura de esta cortina! ¡Rosa...! ¿Estás preparada...encanto? Tienes muchas visitas...

¡Ah, señoras y señores... Rosa está acabando de ajustarse el corsé! ¡Mientras tanto les recuerdo que la señorita Rosa sigue prometiendo mil francos a quien le demuestre que no es la mujer más gorda del mundo!

[El payaso seguirá gesticulando su locución, pero no se le oirá. Su voz quedará solapada por la de Pascal Grevin –nuevamente iluminada su zona (ZONA A)–, quien, entre el archivador y el escenario, se dirige al público] [Pascal Grevin sale del patio de butacas. Aplaude sin ganas y lentamente accede a la barraca de "Rosa, la Gruesa"].

PASCAL GREVIN.- El payaso charlatán, apostado a la entrada de la barraca, repetía una y mil veces su oferta. Pero era inútil. Nadie iba a reclamarle a Rosa la gruesa los mil francos prometidos. No había por qué dudar de que allí dentro se custodiara a la mujer más gruesa del mundo. Lo demostraría la señorita Rosa cuando mostrase su brazo de tronco a través del cortinón. Además, el público tenía derecho a palpar el brazo antes de pasar por la taquilla y dejar los cincuenta céntimos.

Era lógico ofrecer a los clientes indecisos una muestra de la mercancía. En la puerta del "Palacio de los fenómenos del Barnum Circus", recuerdo que



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

enseñaban un zapato gigante, un bíceps del hombre-león, una camisa de enano y una pierna de mujer pantera. Todo el mundo quedaba convencido y pagaba por ver lo que ya había tocado.

[Pascal Grevin entrega un billete al payaso charlatán y accede al interior. El Payaso Charlatán le sigue después de haber contado el dinero de sus bolsillos.

Comienzan a escucharse voces, murmullos, insultos. Se ilumina lentamente el interior de la barraca. Sentada sobre tres sillas aparece Rosa la Gruesa, que saluda amistosamente a los espectadores. Sonríe. Seguirán escuchándose las voces hasta que la barraca se quede en penumbra].

[El CHARLATÁN congela su gesto, deja de accionar su muda invitación al público. Pascal Grevin mira el exterior de la barraca; guarda silencio durante unos segundos. [Salen Pascal Grevin y el Payaso Charlatán, que se mantendrá en el escenario de la barraca mientras acaba de hacer sus cuentas. Escena simultánea]. El CHARLATÁN parece una figura de cera; solo romperá su estatismo para apostillar al periodista, pero sus apostillas parecerán emitidas por un "autómata". Pascal Grevin saca del bolsillo de su gabardina un cuaderno y un lápiz.

Escribe lo que el público, simultáneamente, está oyendo de su boca].

PASCAL GREVIN.- La vida de Rosa y de todos los demás como Rosa transcurre oculta a la vista. Entre bastidores del carromato. Ese el hotel donde conviven el hombre más gordo del mundo...

CHARLATÁN.- ¡Cama de matrimonio en el piso bajo, tres platos fuertes en cada comida, doscientos francos en lavandería a la semana!

PASCAL GREVIN.- ...el Liliputiense...

CHARLATÁN.- ¡Cama de niño, media ración de comida, solo cincuenta francos semanales por lavarle su pequeña ropa!

PASCAL GREVIN.- ...el hombre perro, la mujer sin piernas...

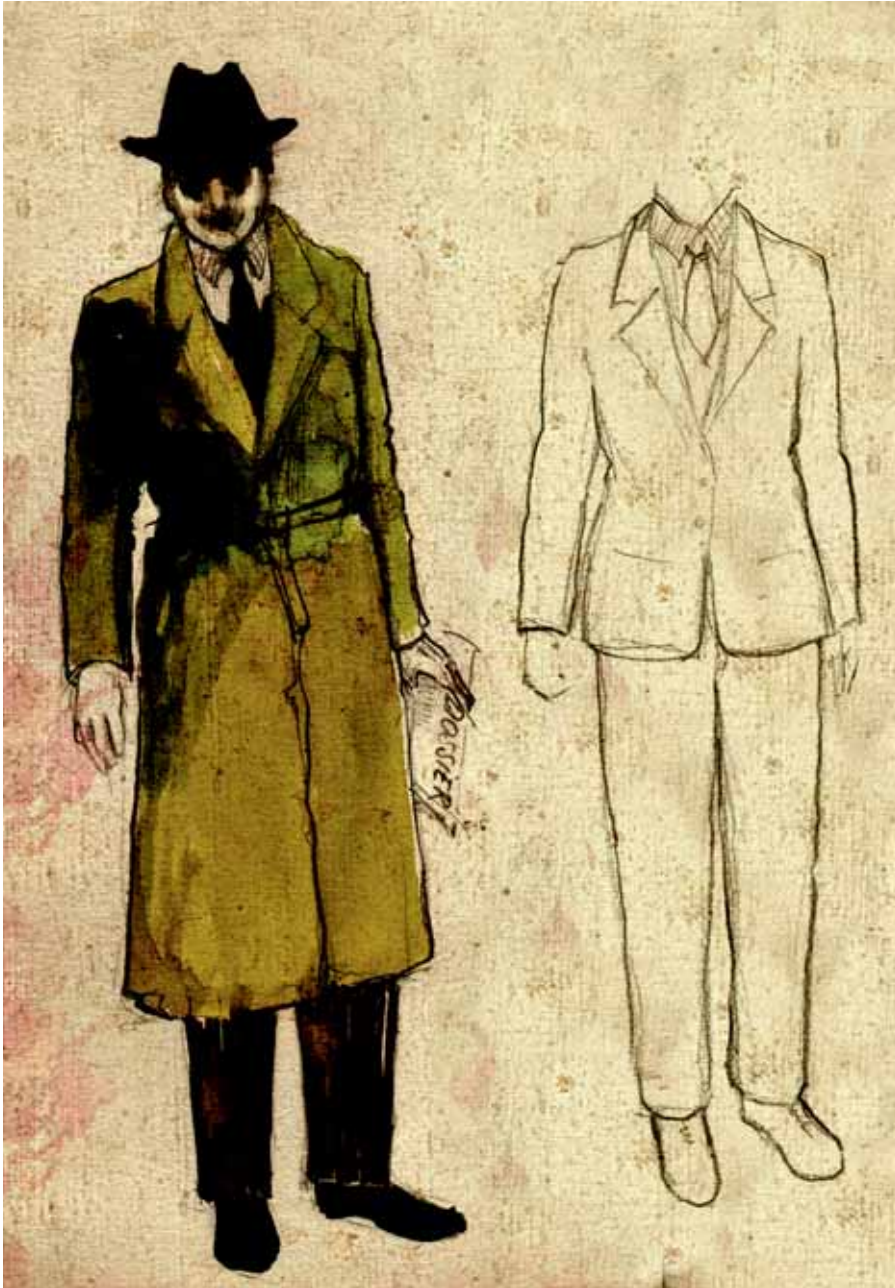
CHARLATÁN.- ¡Habitación oscura sin cerradura. Sólo puede visitarla su representante. Son baratos en comida y en vestuario!

PASCAL GREVIN.- ...y todos los demás personajes. También está la oficina. En ella, el hijo del empresario lleva la contabilidad en un gran libro, donde se anotan las cotizaciones de las piltrafas humanas. Como los siameses...

CHARLATÁN.- Valores muy sólidos.

PASCAL GREVIN.- Los hombre lagarto, los hombres león, los hombres sapo...

CHARLATÁN.- Hay que vigilarlos. Corren peligro de muerte. No son rentables.



Figurín de Pascal Grevin



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

PASCAL GREVIN.- Enanos, gigante, obesos...

CHARLATÁN.- Valores tradicionales.

PASCAL GREVIN.- Albinos, esqueletos, mancos...

CHARLATÁN.- Mmmmm... escaso rendimiento.

PASCAL GREVIN.- El carromato es la clínica del médico o... del veterinario, donde se revaloriza el monstruo depreciado y se fabrican fenómenos por medio de la droga y el bisturí.

El carromato son las escenas amorosas...

CHARLATÁN.- ¡Adriana, la mujer barbuda del “Luna Park” es hoy una burguesa felizmente casada!

PASCAL GREVIN.- Tardó años en conquistar el corazón de su... compañero, un patán que la despreciaba, que le refrotaba sus conquistas.

Pero Adriana, resignada, se limitaba a responderle con una sonrisa: la sonrisa de su espectáculo, inseparable de sus vidas y de su muerte. [Fue el caso del suicidio de Frank Bella, uno de los enanos contratados por el “Júpiter Circus” de Viena].

[Se oye un disparo, Pascal Grevin se pone su gabardina y enciende un cigarro. Se dirige hacia el escenario de la barraca, donde el payaso Charlatán ha comenzado a barrer. Le ofrece un cigarro].

[Desaparece el cañón de luz. El payaso CHARLATÁN rompe su mueca y descorre el telón de la barraca. Se encienden en su interior un par de bombillas del tipo de las de ensayo. Otros teloncillos con fenómenos pintados cuelgan de él.

El payaso se quita su sombrero y se lo mete en su bolsillo. Saca un cigarrillo y lo enciende: Se ha acabado la interminable función del día. Cuenta la caja; se seca el sudor. Ya no debe haber nadie en la Fería; solo él y Grevin.

El periodista se dirige al público].

PASCAL GREVIN.- Era ya la hora en que los fenómenos se retiraban a... su hogar. Fuera, los trompetines interpretaban una retreta para acelerar la salida del público, mientras que el patrón iba apagando las lámparas de la fachada.

El Pratern parecía una inmensa laguna negra en medio de la ciudad. Su noria, la “Rueda de la vida”, una catedral abandonada y muerta.

La compañía estuvo integrada durante meses enteros por la pequeña María Kovaés, de brazos atrofiados, que tocaba el xilofón con los pies; Papse, la mujer-coloso; Maud, la mujer tatuada, y el enano Frank Bella.

Más tarde se le unieron Madame Delait, mujer con barbas y el barón Paucci, un curioso enano norteamericano, que fue acogido con entusiasmo por la prensa de Viena.

Durante todo ese tiempo apenas se dirigieron la palabra entre ellos. No había nada que decir ni que decirse. Mucho menos a los últimos en llegar. La noche a que me refiero, la colosal Papse, el barón Paucci y Madame Delait abandonaron la galería y se llevaron consigo a la pequeña María Kovaés.

CHARLATÁN- No sé si yo debería responderle a lo de la muerte de Bella ... hace ya tiempo de aquello ... y, además ... yo que sé ... no quiero líos ... mi trabajo es sólo anunciar a la gente los fenómenos y cuando se acaba la historia limpiar el barracón ... mire, qué quiere usted saber, amigo ...

[Se dirige con incomodidad a Grevin, que está situado al pie de la barraca, dispuesto a tomar alguna nota de la narración del payaso].

... Al parecer, el enano... o sea, Frank Bella se desplomó de frente y su cabeza chocó contra la tarima.

Lo del disparo... en fin... bueno, solo Miss Maud se encontraba en la barraca y lo oyó. Entonces, salió gritando a la calle... Hasta que pasó media hora o así, nadie entró en la galería.

Bella tenía la cabeza destrozada, chorreaba sangre y... de eso si me acuerdo... su manecita arrugada, de pequeños dedos embutidos seguía aún agarrada a la culata del revólver. Yo había entrado con alguna gente de la Compañía, después del patrón, claro... luego llegaron dos agentes de policía y un comisario que nos apartaron del cadáver; se arrodillaron y empezaron a cambiar impresiones... que si había sido suicidio o que no... que si había sido premeditación o que si no... Hablaban de los seguros, de móviles, preguntaron por parientes de Bella y, sobre todo, dijo aquel comisario que no estaba dispuesto a perder mucho tiempo en el asunto, que seguro que se trataba de penas de amor... ¡De amor!, dijo... pobre Bella... o de... ajustes de cuentas de la gentuza del circo, vamos... y recuerdo que



parecía que todo le hacía como gracia y a los otros que iban con él también... imbéciles...

¡Eh, eh, eh!, pero no vaya a escribir eso por ahí, señor periodista... si quiere saber pregunte a la policía... a mí que más me da ya aquello... tengo que acabar de adecentar esto ¿sabe?...

[Está nervioso; va de un sitio a otro por la tarima; parece que no va a continuar con el enojoso compromiso de relatar su versión de los hechos; pero no es así: hace una pausa, a la que sucede un remate algo rabioso de su intervención. Se desahoga].

Pero yo pienso que Frank Bella, que había sido el único enano de la Compañía durante meses con sus 75 centímetros, no pudo soportar la competencia del barón Paucci, que medía cinco centímetros menos que él y que se ganó al público y a la prensa en cuatro malditos días.

Creo que ya estoy hablando demasiado y usted preguntando demasiado. Déjeme en paz ¿quiere?

[El payaso charlatán/empleador de la Feria desaparece tras los telones pintados].

PASCAL GREVIN.- Se dijo entonces, que el enano Frank Bella tenía en los labios, el último día de su vida minúscula, una sonrisa.

[Grabación (1). Entrevista al enano Marcel.

PASCAL GREVIN.- *¿No va usted a visitar la ciudad, don Marcel?*

EL ENANO MARCEL.- *¿Para qué? (Se apresura a poner los puntos sobre las íes). Me explicaré: todas las ciudades son parecidas. ¿Para qué, pues, salir? ¿Para exhibirme ante el público, de suerte que me admiren gratis? ¡Muchas gracias! ¡La gente no se lo merece!].*

III

Se ilumina la zona del archivador (ZONA A). Rebuscando en sus cajones; metiendo y sacando fichas y fotografías con atolondramiento (utilizará el mismo archivador que Grevin, pero seguramente diferenciado con algún elemento de utilería) se encuentra el empresario de fenómenos de Budapest Otto Binnenthal. Pelo grasiento fijado con su propia grasa, sonriente y cínico: vampírico. Maneja y ojea carpetas verdes. Le da la espalda a Grevin mientras habla.

OTTO BINNENTHAL.- Me llegaron a ofrecer al pobre Bella, en tiempos; pero enseguida me di cuenta de que era tan pequeño como sentimental.

PASCAL GREVIN.- Otto Binnenthal.

Ocupaba en la bolsa de Budapest una posición envidiable. Tenía la pasión del juego, en la que demostraba una audacia prudente. Sabía manejar bastantes capitales a la vez y por ello triunfaba en el mundo de las finanzas. Trabajaba *a la americana*, en medio de una atmósfera esterilizada y de carpetas verdes alineadas.

Pero un buen día, la Bolsa de Budapest mojó el papel de su dinero.

A pesar de la catástrofe, Otto Binnenthal supo conservar su audacia, sus oficinas y sus carpetas verdes.

Tan sólo les cambió sus etiquetas: donde antes se leían nombres fabulosos de minas de oro en países lejanos se consignaban ahora estos otros: enanos, obesos, gigantes, esqueletos, siameses, individuos con tres piernas, con cuatro manos, albinos, hombres-leones, hombres-monos, hombres-lobos, mujeres de piel de serpiente, de cocodrilo, de pantera, mujeres con barbas...

[Encadenando con el inventario que ha comenzado a citar Grevin, Binnenthal prosigue la enumeración]

OTTO BINNENTHAL.- ... troncos humanos y derivados... tipos excepcionales, en una palabra, señor Grevin. Digamos que me he limitado a renovar mi stock de valores: Actualmente invierto en la "Bolsa de Fenómenos". ¿Sabe usted cuánto ha ingresado Hans Boehmer, el manager del hombre-león de Bremen? ¡1.200.000 francos en dos años! ¿Y el señor Hugo Sieboli gracias a su mujer de cuatro senos? ¡Incluso más! Sin más molestias que las de invertir media hora a la semana en la firma de los contratos.

[Binnenthal fumarrea un puro ostentosamente y alinea sus carpetas verdes].

En estas carpetas podrá usted encontrar para esos artículos que quiere hacer la genealogía de 3.000 fenómenos conocidos y vendibles en Europa. Aquí están todos, uno por uno, minuciosamente descritos por los peritos, con su cotización exacta. Por ejemplo, veamos... en el apartado de los enanos hay registrados cerca de 1.200 casos, pero ¡atención!, solo tres de ellos



están considerados como valores de alto rendimiento; otros diez son susceptibles de producir lo...suficiente al agente que se encargue de sus personitas y los restantes... en fin, solamente figuran en los archivos a título de documentación.

Respecto a los gigantes... aquí tenemos la carpeta...pues parece que solo hay cinco vedettes; entre los esqueletos... dos, apenas; obesos... a ver... dos, también ¡Pero uno está adelgazando!...¡Qué pena!

En total, puede usted anotar, señor Grevin, que no constan más de treinta campeones entre todos los fenómenos conocidos que estén dotados para hacer afortunados a sus empresarios, considerando aparte los elementos excepcionales,...ya me entiende... los fenómenos que se ponen inesperadamente de moda y llaman la atención dentro de esta raza de... seres. Son una tentación, desde luego, pero exigen valentía y prudencia al venderlos.

[Se oscurecen la zona del archivador y Binnenthal].

IV

Se ilumina la fachada de la barraca (ZONA B). Sobre un telón pintado se anuncia la atracción: "VIOLETA, LA MUJER TRONCO". Aparece un dibujo de Violeta y su nombre artístico. Grevin se encuentra sentado en la escalerita de madera que accede a la tarima de la barraca.

PASCAL GREVIN.- Quizá, el caso más excepcional de todos: Violeta, la mujer tronco.

La pude ver en París, en el "Luna Park". Toda la ciudad había desfilado ante Violeta. Era bonita de cara. Sonreía desde lo alto de un zócalo donde había asentado su tronco. Sonreía así doce horas al día y para cada nueva exhibición la envolvían en un vestido diferente.

Pero era mentira.

[El teloncillo desaparece y sobre el escenario de la barraca aparece Violeta, la mujer Tronco. Pascal comienza a desvestirla].



Figurín de Rosa la Gruesa



La verdad, como siempre, era otra: Violeta se llamaba Lucy Wagner y tenía brazos y piernas; cuatro pobres miembros atrofiados que se veía forzada a disimular todos los días, horas y horas, desde que tenía diez años.

Los tentáculos de las piernas los plegaba en el bajo vientre con un cinturón compresor y los brazos los adosaba sobre el pecho, bajo un sostén hábilmente colocado. Violeta se ganaba, guardando su secreto, la vida de su madre, la de su hermana y la suya propia.

En los pocos ratos libres, leía libros de Alejandro Dumas, recreaba sus argumentos para quien quisiera oírlos, se divertía...

La última vez que visité personalmente a Lucy, en su carromato del “Luna Park”, le regalé un ejemplar de *La Dama de las Camelias* que le había prometido.

Me pidió que se los sostuviera con mis manos mientras ella leía en voz alta.

Le conmovía el drama de la otra Violeta.

[Violeta lee un pequeño pasaje de La Dama de las Camelias. El libro cae al suelo. Suena un espejo roto y la barraca se queda en penumbra. Pascal regresa a la oficina de Otto, que prosigue con su historia].

[Se ilumina la zona del archivero (ZONA A). Binnenthal ha recordado una foto de Violeta que enseña aparatosamente al periodista].

OTTO BINNENTHAL.- Violeta fue una excepción. Duró ¡diez años en cartel!

Se hallaba asistida mañana, tarde y noche por su hermana, modelo de discreción, pero imagínese que Violeta o Lucy, si prefiere, se hubiesen dejado engatusar por algún bribón parlanchín o por algún periodista desaprensivo... y me va a perdonar, señor Grevin.

Por eso nosotros, mientras estuvo en nuestras manos durante dos temporadas, espantábamos sin consideración a la plaga de moscones. Ahora... Violeta, Lucy, quiero decir, se ha casado con un peluquero; se ha retirado de la vida de los fenómenos y no hay inconveniente en revelar el secreto, pero comprenda que este es un negocio expuesto que puede venirse abajo en cualquier momento de descuido.

Por cierto, tengo entendido que Lucy se exhibe en el escaparate de la peluquería como propaganda de las creaciones de su marido.

Violeta... es curioso... el empresario André Rubin me comentó al traspasármela que le había puesto ese nombre artístico en homenaje a la amante de Toulouse-Lautrec: otro enano. Le ruego que me disculpe. Tengo que dejarle. Me espera el abogado del “Barnum Circus”. Vuelva cuando quiera y seguiremos con ese reportaje...

*[Binnenthal sale por la izquierda, apagando la bombilla. La zona queda a oscuras]
[Ataviado con sombrero y abrigo, aparece delante del escaparate de Violeta. Camina despacio hasta mirar su rostro. Después acelera el paso. Suenan las calles de París]*

[Grabación (II): Entrevista al enano Marcel.

ENANO MARCEL.- Mire usted: desde que cumplí diez años hasta la fecha, habré dado unas cinco vueltas al mundo con el circo ambulante. Pues bien, durante todo el viaje no he salido jamás de mi carromato. Estuve dos veces en China, he recorrido América y he cruzado diez veces Europa... y sin embargo, no podría referirle nada sobre estos países, pues no los he visto].

V

PASCAL GREVIN.- Con la intención de completar mis notas, volví al cabo de un par de días. Encontré a Binnenthal en animada conversación con un curioso personaje, “El Capitán Ringman”, se hacía llamar. Un tipo aparentemente normal que por su aspecto parecía el pasante de un abogado y por su estatura un atleta. La conversación acabó mal. Binnenthal tuvo que acompañar al “Capitán” hasta la puerta y despedirlo terminantemente.

[Se oye una discusión en OFF. En cajas].

OTTO BINNENTHAL.- No hay nada más que hablar. Le ruego que abandone mis oficinas Ringman.

CAPITÁN RINGMAN.- ¡Capitán! ¡Capitán Ringman! ¡Tengo grado! ¡Se me debe un respeto!

OTTO BINNENTHAL.- Mi admirado “Capitán Ringman”... nadie como yo estima tanto su talento y su rango, pero ya sabe usted que su especialidad no cuadra con la norma de mi negocio.



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

CAPITÁN RINGMAN.- ¡Se equivoca, señor Binnenthal!

OTTO BINNENTHAL.- Buenos días, señor... “Capitán”.

[Portazo. Binnenthal entra enojado en la oficina/escena. Le espera Grevin].

OTTO BINNENTHAL.- ¿Ve usted, amigo Grevin?

Hay que desconfiar de los casos excepcionales. ¡El Capitán Ringman! Menudo... Un contable de Boston al que se le atragantaron los números y se sintió atraído por la vida errante de las gentes del Circo. Descubrió un truco que lo elevó a la categoría de fenómeno y le permitió ganarse un fortunita.

PASCAL GREVIN.- ¿Qué clase de truco?

OTTO BINNENTHAL.- Puede anotarlo... Un cirujano le practicó, por indicación suya, dos pequeñas aberturas verticales y paralelas en el pecho, a la altura de... la tetilla. Dio salida por esas aberturas a los músculos pectorales y colocó entre ambos una barra niquelada. Por medio de esa barra se dedicó a levantar pesos de 50 kilogramos.

[Binnenthal rebusca entre las carpetas verdes del archivador y extrae una foto del “Capitán Ringman”] [Proyección de “El Capitán Ringman”].

OTTO BINNENTHAL.- Mírelo, mírelo en sus buenos tiempos...

[Se ilumina la zona de la barraca (ZONA B). Está corrido el teloncillo que anuncia la atracción del “Capitán Ringman”] [Proyección de “El Capitán Ringman”].

Hay que reconocer que el número era novedoso, imprevisto, espectacular. Algo denteroso, también. Sin embargo ganó mucho dinero en América durante diez años y aún hoy podría tener cierto éxito en Europa.

No obstante, yo me resisto a probar suerte. La primera vez que vino a la oficina pude examinar de cerca sus músculos y créame, eran de un rojo... sospechoso...

Yo diría que se le estaba declarando un cáncer. Así que sigo desconfiando del porvenir de fenómenos incompletos como Violeta o fabricados como el Capitán Ringman.

[Binnenthal recupera la fotografía de la mano de Grevin; la mete en el archivador; cierra en cajón y se va]

VI

PASCAL GREVIN.- Un contable de Boston podía convertirse en el “Capitán Ringman”.

Un día me tocó cenar en Budapest en la misma mesa que cinco liliputientes de una verbena. Les pregunté cuáles eran sus nombres y de donde eran. Los cinco enanos decían ser todos Barones. Su representante los había ascendido, pero no de altura porque ya no le hubieran servido sino de condición social. Ellos acabaron creyéndoselo. ¡Los cinco Barones del Circo! Esto me incitó a examinar los nombres del gran número de fenómenos en los archivos del señor Trenker, otro destacado mercader de monstruos húngaro.

[Pascal Grevin se dirige al archivador y registra sus documentos].

Allí anoté 350 nombres. 280 de ellos ostentaban título de nobleza. Todos los enanos o casi todos resultaban ser nobles. Lo mismo ocurría con la mitad de los gigantes, la mitad de los obesos, la mayor parte de los siameses, la totalidad de los hombres-mono...

El hombre-azul se había hecho denominar “Almirante” y el hombre-sapo, el único, el repugnante batracio humano se había titulado “Príncipe Belkaseens”. Yo no acabo de explicarme por qué tenían que recurrir a esa falacia nobiliaria ni a quién querían convencer. Se lo pregunté de mil maneras, pero todos me daban por única respuesta su sonrisa de siempre: la sonrisa de los números de circo.

VII

Se oscurece el teloncillo pintado con el “Capitán Ringman”.

Sale a escena Otto Binnenthal, vestido de calle; lleva sombrero y maletín. Se está encajando los guantes. (Zona B).

OTTO BINNENTHAL.- En este negocio ya he visto a demasiados engañadores.

A moles de 500 kilogramos que se disuelven como jabón hirviendo una semana después de haber firmado el contrato; a enanos que empiezan a crecer inesperadamente, sin que se sepa por qué ni la manera de evitarlo;



a gigantes artificiales que pierden 20 centímetros de altura cuando en el carromato se quitan sus zapatos trucados.

[Pascal, aparte. Él siempre mantiene un diálogo doble: con los personajes del flashback y con el público].

PASCAL GREVIN.- Rosa la gruesa me había contado centenares de historias como ésta, en su... camerino del circo de Bremen.

Sentada en tres sillas a la vez, vestida con su maillot rosa, con esa frescura de las obesas bien lavadas; con su carne brillante y blanqueada por los polvos de arroz.

[Sobre un teloncillo traslúcido de la barraca, se retro-proyectan las sombras chinas, los perfiles de Rosa, la gruesa y de Pascal Grevin, que conversan en el interior del carromato.

El resto de la escena baja la intensidad de la luz. Destaca el telón como una pantalla de cinematógrafo.

En OFF, se oye la voz de Rosa].

ROSA LA GRUESA.- ¿No se acuerda usted, querido amigo, de Tom Buckley, aquel obeso norteamericano, que ni siquiera se podía levantar solo? A los veintisiete años pesaba 300 kilos y estaba muy bien de salud, aunque le fallaban las fuerzas. ¡Era una maravilla! ¿Verdad?... Pues bien; un buen día se le ocurrió andar por sus propios medios y el resultado no pudo ser más lamentable: en tres meses perdió cerca de cien libras y ahora, Tom Buckley es un hombre como los demás, sin talento, sin utilidad, sin ilusiones...

¿Y Rosenthal Minkoff, el hombre-esqueleto tan admirado durante años por los parisinos en el “Luna Park”?...

Rosenthal empezó a interesarse por los países que tenía que recorrer debido a su vida errante y se dedicó a visitar Museos, a pasear, a coleccionar tarjetas postales...

Y claro, de la noche a la mañana engordó quince kilogramos y, desde entonces, murió para nosotros. Ya ve usted; con tanto hablar acabo de cometer una imprudencia: he perdido, por lo menos, seiscientos gramos.

No debería hacer estas cosas.

[La transparencia se oscurece. Sube la iluminación del resto de la escena].



OTTO BINNENTHAL.- Debe usted saber, señor Grevin, que los monstruos no nacen: los monstruos se hacen. Sin ir más lejos, a cien kilómetros de Budapest, en la aldea de Palicek, están preparando para mi dos... “fenómenos” que darán mucho que hablar. He quedado en visitar hoy mismo a sus familias para llevarles los contratos.

¡Todo legal! como puede ver, señor Grevin.

[Señala su maletín]

¡Créame usted! Hungría proporciona ella sola tres veces más fenómenos que el resto de Europa. Si me acompaña, podrá usted ver a una enana de cuarenta y siete años demasiado fea pero no lo bastante extraña como para exhibirla tal y como es. Esta mujer me viene suplicando desde hace varios años que la transforme en mujer tronco. Y como ella hay ahora miles de mujeres y hombres en Hungría, dispuestos a amputarse los brazos, si con eso se aseguran una renta mensual de... pongamos, al cambio,... ochocientos francos. Claro que estas proposiciones yo las rechazo porque... entendámonos, querido amigo; yo no soy un criminal.

Yo, simplemente arreglo a mis personajes; no recorro a la cirugía.

Confío en que usted sabrá apreciar la diferencia. Solo pretendo llevar la prosperidad a las familias que trabajan para mí.

En fin, yo le doy la oportunidad de conocer cosas curiosas para su reporte; cosas difíciles de comprender para un profano y, sin embargo, atractivas para cuantos se sientan una curiosidad sana por... este mundo. Curiosidad, digo. No juicios premeditados.

[Binnenthal se oscurece].

PASCAL GREVIN.- En efecto.

Vi cuanto había me prometido el empresario Otto Binnenthal.

En aquella aldea húngara, trabajaban en la transformación de una mujer, de un joven y de un niño en fenómenos de Feria. Las manipulaciones puramente médicas proseguían metódicamente bajo la vigilancia de un doctor en medicina. Todo lo que escribí y ahora cuento lo presencié con mis propios ojos. Es más, hice alguna fotografía, las pocas que me permitió el pulso, para



poder comprobar cuando pasara el tiempo que los hechos de los que fui testigo aquel día, en la campiña húngara, no habían sido un sueño enfermo.

[Grabación (III): Entrevista con el enano Marcel.

EL ENANO MARCEL.- Señor mío no puede entenderlo. Los otros salen y se divierten, ¿no es eso? Hacen bien. Son hombres ordinarios, idénticos a todos los hombres que ejercen una profesión, una profesión que se aprende. Por eso ha de sentarles forzosamente bien la compañía. Pero yo, sabe usted, no tengo derecho a conducirme como todo el mundo].

VIII

En la zona derecha del escenario (ZONA C), una luz cenital y afilada permite ver sentado en una pequeña banqueta de madera a Otto Binnenthal, quien observa y examina a un tipo –que da la espalda al público– larguiducho, de unos 22 años, vestido pobremente y mal peinado. Otto Binnenthal fuma un puro en la penumbra.

PASCAL GREVIN.- Heinrik Porten.

Tenía 22 años y pesaba 17 kilogramos. No sabía andar ni hablar. Hacía un año que su madre pensaba haberlo confiado a la caridad pública, pero antes por allí Otto Binnenthal. Entonces, decidieron convertirlo en el “Hombre con cabeza de pájaro”.

OTTO BINNENTHAL.- Desde hace un año, todas las noches, su madre le aprisiona la pequeñísima cabeza a Heinrik con largas vendas de lienzo y lo tiene así por espacio de 18 horas.

Después de permanecer tanto tiempo cubierto con este ligero casco, su cabecita no crece más y va acentuándose su forma cilíndrica que, como puede ver, señor Grevin, ya apunta...

[A oscuro la zona derecha.

En la oscuridad, Heinrik será sustituido por una mujer de edad madura, vestida de provinciana, no muy alta, que también dará la espalda al público.

Binnenthal permanece en la banqueta].

PASCAL GREVIN.- Si se miraba al rostro de Heinrik, solo era posible ver unos ojos girando incansablemente, pero sin vida, en el fondo de sus órbitas. Y a la vez babeaba y babeaba.



Otto Binnenthal y Pascal Grevin



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

[Se ilumina la zona derecha. Esta Marta Gero].

PASCAL GREVIN.- Marta Gero, la mayor de las hijas del viejo alcalde del pueblo, tenía ya 47 años. Llevaba ya varios años suplicando a Binnenthal que la convirtiera en mujer-tronco, en mujer-azul o en cualquier tipo de atracción.

OTTO BINNENTHAL.- Marta es muy generosa. Fíjese: se dejaría cortar todos los miembros, los cabellos, las orejas, todo. Incluso se empeña en que la tatuemos. Yo le digo que la operación es algo cruel; le recomiendo que guarde todos sus miembros. Quizá algún día los necesite. Pero ella insiste y... de momento nos hemos limitado a ensayar algunos números de payaso de circo; números sencillos, claro.

[A oscuro el lado derecho. En la oscuridad, a Marta Gero le sustituirá un muchacho].

PASCAL GREVIN.- Marta había leído en un periódico que el Circo Ringling había ganado mucho dinero con el hombre-azul y estaba dispuesta a ser tenida de ese color.

[Se ilumina al lado derecho. Aparece el pequeño Siklossy, de espaldas al público. Binnenthal también lo describirá fríamente desde su banqueta de observador, médico y empresario].

PASCAL GREVIN.- El pequeño Siklossy tenía cinco años y era hijo de una familia mísera de Palicek. Gracias a su fealdad y a la intuición empresarial de Binnenthal podía tener una segunda oportunidad en la vida convertido en un hombre-mono. Pero antes había que realizar en el cuerpecito del niño alguna pequeña modificación.

OTTO BINNENTHAL.- Su padre tuvo suerte. El niño es horrible y puede ser una fortuna. Firmamos el contrato la noche en que estudié al muchacho. Desde entonces, dos veces por semana, inoculan al chico una inyección de vacuna de carneros de California.

PASCAL GREVIN.- No puedo olvidar el día en que vi el cuerpo menudo de aquel chico de cinco años con los primeros síntomas de una hipertriosis.

[A oscuro el lado derecho (ZONA C). Sale de escena Binnenthal. No la banqueta, que permanecerá sobre el escenario. Suena una vez, una Vexation de Erik Satie. Transición].

IX

PASCAL GREVIN.- *[Huyendo por el patio de butacas]* Aún hoy, es imposible arrojar a Palicek de mis pensamientos, pese a que me esforcé en borrarlo inmediatamente de mi memoria. No esperé ni a Binnenthal para huir de aquella aldea. Realmente deseé no volver a verlo nunca más, no ser confidente de sus maquinaciones carniceras a costa de los que él llamaba la *Quinta Raza*. Regresé solo a Budapest, con la idea de partir, en cuanto pudiera, hacia Francia, buscando refugio de mi primera excursión entre los monstruos. Todavía no era...digamos “aconsejable” el que me instalara en París. *Le Dossier* tampoco creía oportuno el rehabilitarme. El caso de Etienne Bertrans, importante narcotraficante de Pigalle a la vez que... senador, seguía quemando en los despachos del Palacio de Justicia.

Me cité con el redactor-jefe de *Le Dossier*, Jules Courvet, en un café discreto de Saint Germain. Le conté lo que había visto y le entregué el material. Mi intención era no seguir con aquel asunto de circos macabros.

Llegué al café decidido a repudiar el reportaje, pero no lo hice: el rostro asombrado y ávido de Courvet me lo impidió. Examinaba con avaricia periodística cada fotografía y cada cuadernillo. Ya veía la portada de la primera entrega y la edición agotada. Yo no podía plantarme, pero reconozco que me hizo renunciar a ello el interés que mostraba Courvet. Sospeché, con miedo, que ya no me pertenecía la decisión de seguir o no seguir documentando la miserable novela cotidiana de aquellos personajes, mientras me escudaba de la mía propia. El redactor-jefe de *Le Dossier* no me dio lugar ni al más mínimo comentario por mi parte. Estaba claro que yo debía continuar completando el inventario supuestamente humano de aquellos carromatos, de la despensa de las Fieras con nombre artístico.

Me dejó sobre el velador un sobre con 1.000 francos en billetes y la dirección de la que sería mi próxima pista: La “Abadía de La Deveze”; también conocida como “La Abadía de los monstruos” y como tal escondida en un espeso valle de la Auvernia.

[Suena en OFF una “Nana”, cantada por una mujer; sin acompañamiento musical. Resulta cruda, inclemente; una melopea falsamente infantil.

Se oirá en segundo piano a lo largo del siguiente parlamento de Grevin, quien se dirige al archivador. Se ilumina la ZONA A].



PASCAL GREVIN.- En el transcurso del viaje en tren que me conducía a “La Deveze”, un paisano me informó, entre dientes, del origen de la Abadía hacía medio siglo. Se atribuía a un tal Padre Robert, capellán en tiempos de L'Aurillac, que recogió a una niña de cinco años ciega, sorda, muda y con los miembros atrofiados.

[Grevin extrae del archivador una carpeta con las notas del caso].

La niña, desde el mismo día de su nacimiento, no había salido del cuartucho donde sus padres la habían confinado por vergüenza. El sacerdote la refugió en una barraca de leñador enclavada en un erial que un pariente muerto le había dejado en herencia. Era la única vivienda que existía en veinte kilómetros a la redonda; solo disponía de una habitación que hacía las veces de dormitorio, comedor y enfermería. La cuadra le servía de dormitorio y... capilla. Un día, el Padre Robert clavó sobre la puerta de entrada un listón de abeto liso sobre el que había tallado un rótulo que rezaba: “Obra de los incurables de La Deveze”. Movido por una curiosidad más personal que profesional le pregunté a mi compañero de compartimento qué había sido del fundador. Me respondió con los tópicos de las leyendas. Me quiso hacer creer que la conclusión de su vida había sido el último capítulo de un milagro santo; sin embargo, poco antes de llegar a Saint Fleur, la estación más cercana a La Deveze y en el pasillo del vagón se atrevió a contarme la verdad, mucho más obscena: el Padre Robert no se había evanescido dejando en la tierra a sus felices monstruos; más bien uno de ellos lo había matado y luego rematado con un candelabro de la capilla.

[Grabación (IV): Entrevista con el enano Marcel.

EL ENANO MARCEL.- Soy un fenómeno, un ser aparte. Mi profesión no se aprende. Es un don que he recibido de nacimiento, don que me distingue de todos los demás. Sería poco caritativo alardear de mi superioridad delante de los compañeros. ¡Pobres, no me lo perdonarían jamás! ¡Y son tan envidiosos! Porque ¿no se ha dado usted cuenta de la envidia que me tienen en esta casa?].

X

Una batería de luz blanca cenital cae como telón iluminando la primera línea de la embocadura del escenario. Se asemeja a un velo irreal. A la derecha, en la banquetta, una monja cantaba la Nana. Es la hermana Esperanza. Su voz es de una candidez terrorífica.

HERMANA ESPERANZA.- Como usted ve, señor periodista, las personas que aquí se encuentran no tienen nada que esperar del mundo, ni por consiguiendo nada que pedirle. Todo nos lo hacemos nosotros mismos; desde el pan a la ropa.

Así lo dispuso nuestro fundador.

PASCAL GREVIN.- Allí había alineadas 40 camas y en las cuatro esquinas de la pieza se alzaban sobre el entarimado, como puestos de observación de jefes de división, los lechos de las religiosas. La hermana Esperanza, franciscana y empleada como hermana vigilante, no les quitaba ojo a las criaturas.

Pero no les hablaba nunca.

HERMANA ESPERANZA.- El silencio es indicio de felicidad entre ellos. El orden es el secreto de la supervivencia. A las nueve los despertamos.

Cada hermana lava, viste y da de comer a diez. Esta operación le lleva dos horas, rara vez más. Acostumbradas, como están, a recibir diariamente y a las mismas horas idénticos cuidados, nuestras enfermeras han terminado por comprender y adaptarse al ritmo de vida que les hemos impuesto. Sin embargo, hay dos días que nuestra misión se hace más difícil; por ejemplo, los días de tormenta. Nuestras criaturas no comprenden los truenos.

Cada vez que estalla uno se les oye gritar a varios kilómetros de distancia.

En estos casos nos limitamos a impedir que huyan.

PASCAL GREVIN.- La Abadía consistía en una casa central de tres pisos y un pabellón anejo. Vivían en él cincuenta religiosas y ciento cincuenta personas recogidas. También había un corral con carneros, dos hectáreas de jardín y un telar. En el pabellón central había tres grandes dormitorios y tres comedores ocupados por enfermeras deformes que esperaban pacientemente la muerte, bajo la atenta mirada de otras religiosas más sonrientes.

A las nueve, cada una de las hermanas lavaba al monstruo asignado; a las once instalaba al monstruo sobre un banco; a las doce le daba de comer y a la una volvía a instalar al monstruo en el banco... Así era la vida de todos los días.



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

[La hermana Esperanza apunta en el vacío, donde solo resplandece con una claridad conventual e irreal, la presencia mental de cuatro criaturas.

La hermana las describe en el aire con una ternura alucinada de doble filo].

HERMANA ESPERANZA - Esta que tiene bocio, se halla completamente paralítica. Nos la trajeron de Lille, hace veintidós años. Por entonces tenía solo dos años, según declaración de la Oficina de Asistencia Pública que nos la envió. Sus ojos no se han movido nunca, ni siquiera al pasarle por delante una llama. En una ocasión, hará de esto unos diez años, lanzó un grito muy raro, muy bonito y muy prolongado, parecido al canto de un pájaro y desde entonces no lo ha vuelto a repetir más. Esta otra, cuya piel supura sin cesar, nos la trajo su padre, un cartero de Lyon hace unos meses. No teníamos sitio para ella, pero el pobre lloró, dijo que no tenía bastante dinero para cambiarle constantemente de paños.

Nos la trajo liada como un paquete para que nadie la viera. Nos arreglamos como pudimos, inventamos una vacante... pero su padre no ha vuelto a aparecer por aquí. Casi todos hacen lo mismo.

Aquella tiene 28 años y nació en París.

Nos la enviaron del arzobispado. A los tres años dejó de crecer pero seguía engordando. Los hospitales fueron dándole de lado hasta que llegó a nosotras. Por desgracia sigue engordando. Fijense, no puede ya ni siquiera abrir los ojos y tiene la garganta obstruida por la grasa. Tenemos que alimentarla por medio de una sonda. En cuanto a la pobre Micaela... observándola de abajo a arriba se empieza por ver en ella tres gruesos trozos de carne rosa en sustitución de las piernas; sigue después un torso enorme e informe, rematado a los lados por unos bracitos delgaditos y unas manos de seis dedos.

Su cabeza está coronada por una cabellera roja.

Su mirada es fija.

Cada tres segundos, el monstruo inclina la cabeza del lado derecho y se le sale la lengua fuera y vuelve otra vez a sepultarse dentro de la boca. No ve, no oye, no habla. La alimentan con biberón dos veces al día.

Así es Micaelita.

[Cuando concluye, con el fin del parlamento de la hermana Esperanza, el desfile imaginario de recogidas de La Deveze, la monja inicia, de nuevo, el canto de la Nana.

Se oscurece el escenario. La claridad mortal de la Abadía se desvanece].



El vocero de Le Dossier



XI

PASCAL GREVIN.- Salí de La Deveze como se sale de una pesadilla, es decir, nunca se acaba de salir de ella. Algunas noches, ansiando dormir, luchó por expulsar de mi cabeza la Nana de la Hermana Esperanza.

Todo lo que vi allí me regresa tocado con una extraña familiaridad que proyecta mi visión de la Abadía a un momento anterior a que tuviera lugar, quizá a un cuento terrorífico de la infancia. Todos los cuentos de la infancia eran terroríficos. Volví a París, pero esta vez no me apetecía ver a Courvet.

Me limité a dejarle en la recepción de *Le Dossier* un sobre con el reportaje de La Deveze y una nota en la que decía que me marchaba una temporada a España.

Una vieja amiga mía, reportera de *Le Monde*, estaba destinada en Madrid, la capital, desde principios del mes de julio de aquel año, 1936, y sabía por ella que el Gobierno Republicano podía estar a punto de enfrentarse a una sublevación militar. Pensé que quizá me admitieran en mi semanario alguna crónica acompañada de fotografías y de un oportuno seudónimo de corresponsal bélico.

Yo solo quería dejar atrás mi vida entre los monstruos a cualquier precio. Para conseguirlo estaba dispuesto a refugiarme en una guerra. Permanecí en Madrid apenas dos semanas; a Juliette, mi amiga y enviada especial de *Le Monde*, le hirieron en un tiroteo, en las afueras de la ciudad. La acompañé de vuelta a Francia en una ambulancia que nos consiguió la embajada.

[En OFF vuelve a sonar muy lejano el reclamo callejero del vocero de Le Dossier].

Cuando llegué a París, los voceros, en la esquinas, anunciaban el último número de *Le Dossier*. Compartían la portada de un número por supuesto "Extra", mi último parte de guerra enviado desde Madrid y una foto de "Violeta, la mujer-tronco" como reclamo del reportaje que el curioso lector podría encontrar en páginas interiores: la primera entrega de... "Entre los monstruos".

[Aumenta el volumen del OFF hasta un nivel sonoro irritante.

Pascal Grevin permanece situado hacia la mitad del escenario; avanzando casi hasta el lateral.

En el interior del pequeño escenario de la barraca se ilumina una pantalla blanca: un ciclorama sobre el que se recortará el perfil de Otto Binnenthal; éste y Grevin están casi alineados. De hecho, Binnenthal permanecerá a la sombra de Grevin. Pero Binnenthal está más alto, al encontrarse dentro de la caja de la barraca. De él solo se verá su figura a contraluz, nunca se le verá la cara. Es sólo una sombra china.

Pascal Grevin se coloca unas gafas y saca un sobre de su bolsillo. El sobre contiene una carta que despliega lentamente].

PASCAL GREVIN.- Unos meses después de que aparecieran mis artículos en *Le Dossier* recibí una carta de Otto Binnenthal.

Decía así: “Querido amigo: He recibido y leído su reportaje titulado un poco exageradamente *Entre los monstruos*. Sin embargo está escrito con exactitud; es escrupuloso y por lo que a mí respecta le doy las gracias...

[Binnenthal, desde su escena en la Barraca, a contraluz, encadena su intervención con el pie anterior. A partir de este momento se entablará un diálogo entre él y Grevin a partir del texto de la carta].

OTTO BINNENTHAL.- ... le doy las gracias, a pesar de las cartas injuriosas que me llegan de todos los rincones de Europa, donde, en términos diversos, me reprochan mi “innoble comercio”, mi “oficio de asesino” y otras calumnias que ni me sorprenden ni me hieren...

[Binnenthal se pasea ufanamente sobre su escena; fuma y en la mano porta un número de Le Dossier o las cartas a las que ha hecho referencia].

PASCAL GREVIN.- Al recibirme en su oficina como periodista, dejarme investigar en sus carpetas verdes e invitarme a una caza de fenómenos usted sabía exactamente a lo que se exponía.

OTTO BINNENTHAL.- *¿A qué me exponía, señor Grevin?, ¿a ser el malo de la función?* Por más que usted haya hecho por demostrar que la *quinta raza* está sometida a leyes físicas y morales totalmente diferentes de las que rigen el destino de los seres normales, no ha podido evitar que una gran mayoría de sus lectores se apiadasen de su caso y me trataran de verdugo...

PASCAL GREVIN.- Es natural, señor Binnenthal, la raza de la que usted se ha servido para los negocios ofrece todavía demasiados misterios a cuantos no la conocen a fondo.



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

El público no puede juzgar imparcialmente y con conocimiento de causa un asunto tan grave después de haber leído unos artículos, por serios que sean.

¿Qué es lo que usted, precisamente usted, puede reprocharme?

OTTO BINNENTHAL.- Principalmente que ha presentado nuestro oficio como uno de los más lucrativos, como si fuera un oficio que permite a un profesional avisado obtener ingresos considerables sin necesidad de desarrollar un gran esfuerzo y sin tener que recurrir a fuertes capitales para sus operaciones. Permítanme indicarle que su reportaje adolece, a este respecto de una pequeña laguna. Recuerde usted la primera vez que cenamos juntos, en la isla de Santa Margarita.

Allí me contó usted el fin del reciente hombre-león, muerto de amor en Italia, y dijo usted...

PASCAL GREVIN.- ... esa muerte hará seguramente perder una fortuna al empresario...

OTTO BINNENTHAL.- ¡Y era exacto!

Recuerde usted, querido amigo, que aquella noche yo le expliqué con toda extensión la grave preocupación que presenta para nosotros, los empresarios, el misterio de la vida y la muerte de los fenómenos.

Le cité diez ejemplos ¡diez!, de tipos raros que yo había contratado, con la garantía de unos certificados médicos optimistas por completo, y que, a pesar de eso, los encontré muertos una mañana, de resultas de no sé qué ruptura inexplicable de órganos.

PASCAL GREVIN.- Sé que los obesos corren peligro de que el peso de la grasa les paralice el corazón, que los enanos caen víctimas de hemorragias pulmonares, que los gigantes padecen del corazón, que los cíclopes se suicidan...

OTTO BINNENTHAL.- Entonces... ¿Por qué lo olvidó en su reportaje? Varios de mis colegas se han arruinado a consecuencia de fallecimientos imprevistos. Cuando usted escribe sobre "la profesión más lucrativa del mundo: la de empresario de fenómenos" debió usted reservar un espacio para este peligroso detalle de la muerte.

[Ciclorama de la Barraca a negro. Suena una leve melodía eslava].



Escena de la representación de “El monstruo ríe”



XII

Sobre la melodía eslava que viene del acto anterior.

PASCAL GREVIN.- Recuerdo especialmente la de Tania Schek. “La Obesa del Circo Krone”; pesaba 245 kilos. De ellos había vivido y de ellos iba a morir. Tenía 22 años.

[En la barraca se corre un telón pintado con la atracción de “Tania”. Detrás del telón queda Binnenthal] [Comienza un cortejo fúnebre desde el patio de butacas].

La víspera de su muerte, estuve charlando con ella en su carromato y me contó su historia. Provenía de una aldea rusa donde había vivido con su madre, vieja y desmemoriada, pero normal. Allí la encontraría el empresario Fedor Ruttman; le firmó un contrato por cinco años. Me contó sus viajes en carromato, sus éxitos, sus proyectos. Mientras me contaba estas cosas, Tania, que tenía dedos de hada, se entretenía en tejer una colcha. A media noche, cuando su ayudante descendía del carromato, después de haberle ayudado a quitarse la ropa, oyó un gran estrépito en el interior.

[En el interior de la barraca, suena un efecto de caída de objetos y muebles].

Tania se había desplomado sobre el suelo, derribando en su caída el buffet, la mesa, las sillas y toda la decoración de su casa sobre ruedas. Muerte repentina, diagnosticaron.

[Suena el efecto de un cortejo fúnebre: el carruaje de caballos.

Pascal Grevin descenderá hasta el pasillo central del patio de butacas por una pequeña escalera de madera. Irá avanzando por el pasillo, a la vez que relata el funeral de Tania].

PASCAL GREVIN.- Detrás del coche fúnebre de tercera clase, sin suplemento, íbamos Fedor Ruttman, el empresario, su ayudante y yo. En el cementerio se hallaba congregada alrededor de la tumba, un inmenso gentío sujetado por la policía. Para bajar el ataúd al fondo de la fosa, suavemente, con toda la dignidad precisa, se necesitaron seis brazos. Los asistentes sacaban fotografías de recuerdo.

No se oyeron sollozos.

En el “Circo Krone”, el carronato de Tania Schenk pasó a ser ocupado por una mujer con barbas. Su vestuario se utilizó para vestir una familia de liputienses.

[En medio del escenario, aparece un tipo enclenque y grueso: el empresario Edmund Mayer].

EDMUND MAYER.- ...y fíjense que la muerte de Tania ocurrió hacia la entrada del mes de abril, en Bremen, una ciudad donde los fenómenos logran una buena recaudación; sin embargo el pobre Ruttman perdió 80.000 francos, por lo menos...pero, ¡Pase, pase, estimado señor...!

[Desde el patio de butacas].

PASCAL GREVIN.- Grevin, Pascal Grevin, de *Le Dossier* de París.

EDMUND MAYER.- Muy bien, señor Grevin, acompáñeme a nuestro archivo, quizá le sea de alguna utilidad conocer ciertos casos casi olvidados; tenemos un buen fondo.

[Mayer se dirige a la zona del archivador (ZONA A) y enciende la bombilla. Grevin permanecerá en el pasillo central del patio de butacas, aunque Mayer se dirigirá a él como si lo tuviera a su lado en el escenario.]

[Se produce un desdoblamiento imaginario de Grevin que refuerza ese doble diálogo o coloquio que mantiene en función de la también doble estructura temporal de la representación. Grevin está presente ante el público y simultáneamente presente en el pasado].

PASCAL GREVIN.- El empresario Edmund Mayer. Los Mayer constituían la única dinastía conocida de empresarios de fenómenos de Europa. Esta familia venía vendiendo monstruos desde hacía cuatro siglos, y no les iba mal.

EDMUND MAYER.- Esto obedece a que los Mayer siempre nos hemos atenido en nuestro negocio a una prudente especialización: sólo nos ocupamos de hombres-esqueleto y hermanos siameses. En lo concerniente a los esqueletos no hay que olvidar su estómago.

Sucede que, aficionado por naturaleza a la glotonería, el hombre-esqueleto es víctima de frecuentes indigestiones, que van haciéndose cada vez más violentas, a medida que avanza en edad. Indigestiones que acaban por provocar su muerte inevitablemente.



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

Nosotros les racionamos la dieta de acuerdo a un contrato.

Así, en caso de abuso, queda roto el compromiso.

PASCAL GREVIN.- ¿Y los siameses, señor Mayer?

EDMUND MAYER.- ¿Se refiere usted a la pareja Rosa-Frida? Después de veinte años de exhibiciones por Europa empezaron a odiarse a muerte, y terminaron reclamando su separación. Hubo un cirujano que se prestó a la operación: el Doctor Doyen. Toda la clase médica y las cámaras fotográficas se congregaron en torno al “más hábil bisturí del Mundo”....tres días más tarde siguieron el mismo camino en coche diferente, Rosa y Frida... camino del cementerio.

PASCAL GREVIN.- Ya. Sin embargo, señor Mayer, yo me refería a los hermanos siameses Jack y Henry Matsu.

[Mayer se queda estupefacto. Se resiste a hablar].

EDMUND MAYER.- En fin... todo el mundo sabe que... bueno, la culpa la tuvo un ... un... ¡resfriado!, eso es... un tonto resfriado...

Estábamos de gira en Berlín y Jack y Henry fueron a visitar el castillo de Postdam... habían recibido una esmerada educación... les gustaban las cosas de la historia..., ¿sabe?... Era pleno invierno, un invierno terrible y Jack cogió un resfriado en aquel... famoso castillo.

Tuvo que guardar cama y con él, su hermano Henry.

Le aseguro que le dimos al enfermo toda clase de cuidados, señor Grevin, pero la fiebre pudo más que la ciencia y... el afortunado Jack murió al amanecer.

[Se oye, increscendo, un latido de corazón.

La bombilla que ilumina el archivador late intermitentemente al compás del corazón].

PASCAL GREVIN.- Digo afortunado porque en aquella cama seguía viviendo un hombre: Henry, el hermano siamés de Jack. Los médicos, desorientados ante este caso sin precedentes, pensaron en varias soluciones quirúrgicas que fueron abandonando una tras otra. Henry seguía en la cama con la vida. Avanzada la noche, acordaron separar el vivo del muerto. Pero los cirujanos se negaron a ensayar la operación.

[Grevin avanza, muy despacio, por el pasillo del central del patio de butacas, dirigiéndose al escenario. El corazón sigue latiendo].

Al fin, un muchacho joven aceptó acometer lo que sus maestros temían por imposible. Y así transcurrió la noche.

Durante horas y horas, el hermano con vida sentía correr por su cuerpo la sangre cálida, primero y luego helada, del muerto.

Gritaba de espanto, y sus voces se oían por toda la vecindad.

La operación duró una hora, y el operado dos días. Entonces, su corazón cesó bruscamente de latir. La autopsia de Henry Matsu no reveló rotura de órgano esencial alguno.

[La bombilla se apaga como si se fundiera a la vez que deja de latir el corazón. Mayer está desolado; casi no puede hablar, pero no de pena sino de rabia contenida –que vuelve a aflorar– del fracaso económico que supuso aquella muerte].

EDMUND MAYER.- A la dinastía de empresarios Mayer, la muerte de los hermanos Matsu nos representó una pérdida de 300.000 francos.

[Mayer cierra el cajón del archivador con furia y sale de escena. En el escenario de la barraca (ZONA B), Binnenthal descorre, también con furia, el telón pintado de Tania y vuelve a destacar su figura a contraluz, sobre el ciclorama blanco de fondo. Increpa a Grevin].

OTTO BINNENTHAL.- ¿No cree usted, señor periodista, que con solo haber ojeado mejor sus notas y haber hecho un poco de memoria, habría encontrado con facilidad “materia” para completar su... reportaje?

[El ciclorama que recorta la figura de Binnenthal va a negro. Grevin sube al escenario; guarda la carta que le había escrito Binnenthal y con ellos da por cerrada esta “secuencia”].

XIII

PASCAL GREVIN.- Después de recibir su irritada carta, estuve mucho tiempo sin saber nada del señor Otto Binnenthal, ni de sus curiosas ocupaciones. Me preguntaba por qué no estaría en la cárcel junto sus socios y clientela. Tampoco me atreví, en ningún momento, a responder a su carta. Me sen-



tía incapaz de ello y aún algo más: me sentía parte de esa clientela. Como estaba previsto, el reportaje había sido un éxito editorial para *Le Dossier*: Duplicó su tirada con cada entrega y fueron seis. Los lectores habían respondido al reclamo espectacular de su titular “Entre los monstruos” igual que si hubieran acudido como público a la feria de Binnenthal, en caso de que hubiera hecho temporada en la ciudad. Nadie podría negar que yo y *Le Dossier* éramos deudores de Binnenthal.

Aún volví a verle hace unos meses. Fue en París, pocos días antes de la ocupación.

La embajada de Hungría nos había convocado a un grupo de periodistas franceses para proporcionarnos unas listas de refugiados húngaros en Francia y para advertirnos de ciertos movimientos del ejército alemán.

Allí, en un rincón casi en penumbra en la sala de prensa estaba él.

Su aspecto se mostraba indiferente a las circunstancias: fumaba con despreocupación; vestía elegantemente.

Las alarmadas palabras del embajador pasaron para mí a un segundo plano. En aquel momento, sentí tantas ganas de estrangular a Binnenthal como acercarme y volver a interrogarle.

Pero fue él quien se adelantó. Me saludó amablemente, aunque me reprochó que nunca contestara a su última carta. Se mostró locuaz y desenfadado, incluso llegó a tutearme. Casi me molestó su actitud. En la sala no se oía hablar más que de nazis y de invasión. Era el mismo Binnenthal y era otro. Me dijo que se encontraba en París por razones “comerciales”, pero pronunció el adjetivo “comercial” de un modo ambiguo, sardónico. Había abandonado el negocio de los fenómenos, pero no quiso explicarme cuáles eran sus negocios actuales; tan solo me contó que el éxito estaba asegurado a corto plazo, que nunca en su vida había apostado más sobre seguro, que se encontraba en París “adelantando trabajo”.

Intentando retomar contacto con la realidad, quise conocer su opinión sobre Hitler y sobre el desarrollo de la guerra.

[Se ilumina el ciclorama. Binnenthal sostiene en sus manos dos copas de champán. Desciende de la barraca; avanza lentamente hacia Grevin, hasta que se sitúa enfrente de él y le ofrece una copa].



Revista gráfica "Estampa"



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

Antes de darme ninguna contestación pidió champagne. Luego, y por toda respuesta, me sonrió. Me sonrió de una forma muy familiar. Con una mueca muda e inexplicable que ya había visto cobijada en muchos carromatos ambulantes, sellando el alma de sus inquilinos deformes. Brindamos. Sentí que un vínculo extraño me unía a él.

[Grevin bebe de la copa que le ha ofrecido Binnenthal; se la devuelve tras beber y Binnenthal desaparece en la oscuridad].

De pronto me había convertido en la última creación del rey del mundo de los fenómenos. Mientras él desaparecía, mientras él se escondía para “adelantar trabajo”, sin revelarme las siglas de su nueva empresa que, como al cabo de una semana se comprobó y todavía hoy, constituía el más boyante negocio del horror que pueda plantearse en el mundo... mientras tanto, digo, yo me sentí monstruo. Yo también era el mismo Pascal Grevin y otro que no conocía... era “It”! ¡Otro “It”!

*[Se ilumina la escena de la Barraca y aparece “It” (Mitad hombre, mitad mujer) del lado del hombre. Está iluminado con un foco cañón.
Suena un motivo musical circense].*

¡Como otro “It”!, señoras y señores.

¡Dos cerebros, dos sexos, dos seres en un solo cuerpo!

[Grevin se ha convertido en un charlatán de Feria. Se acerca al escenario de la barraca y presenta al “It”].

¡Un periódico de California lo desenmascaró! ¡Publicó su ingeniosa receta!
¡Se escoge un hombre de bella apariencia, bien proporcionado y se prescinde por completo de la parte izquierda de su persona que representara el lado viril de fenómeno en gestación! ¡Y ahora, veamos el lado derecho!

[El “It” se gira: se ve su lado femenino].

¡Primero: dejar crecer el pelo cuanto sea posible!

¡Segundo: valiéndose de la cirugía estética, si fuera necesario, se adhiere la oreja al cráneo! ¡Tercero: se depila la ceja del lado derecho, la parte del bigote que le corresponda, el mentón, el brazo, el tórax y la pierna!

¡Y cuarto: bajo la tetilla se inyecta el contenido de cien gramos de parafina. Esta operación le proporcionará un pecho impecable!

[Grevin queda como suspendido, fuera de sí. El escenario de la barraca se oscurece, desapareciendo el "It". Se ilumina el archivador (ZONA A). Suena la Nana de La Deveze, de un modo onírico, percutivo, obsesivo, irreal.

Grevin se apoya cansinamente en los cajones del archivador].

PASCAL GREVIN.- En La Deveze, la Abadía de la Misericordia, aquella casa grande donde un puñado de mujeres obstinadas consagraban su vida a atender enfermos que no podrían curar jamás, la hermana Esperanza había entregado su juventud a un monstruo. Llegó con 19 años a La Deveze; a los pocos días ya le habían confiado los menesteres más duros. Entre las recogidas de la triste mansión figuraba, entonces, un ser espeluznante que hasta las religiosas más curtidas y más abnegadas hubieron de ser reemplazadas de su puesto de vigilancia una tras otra. Aquel ser era una mujer... quiero decir que por tal se le tenía, al menos, aunque pocos se atrevían a afirmarlo debido a que su cuerpo tenía escasa apariencia humana. Sus ojos no habían visto nunca, ni sus orejas habían oído, ni su boca hablado.

[Se enciende la batería de la luz cenital. La hermana Esperanza está sentada en la banqueta].

La hermana Esperanza permaneció siete años sentada a la cabecera de la cama del monstruo, aguardando una sonrisa.

[Grabación (V y última): Entrevista con el enano Marcel.

EL ENANO MARCEL.- Perdóneme señor mío, pero tengo que acostarme. Es mi hora. Yo, sabe usted, no tengo derecho a la fatiga. Los fenómenos somos algo así como los objetos de los escaparates: cuanto mayor es su valor, más precauciones han de buscarse para con ellos. ¡Que usted descanse, buenas noches!].

HERMANA ESPERANZA.- Llevaba tosiendo sin interrupción dos días. Durante este tiempo no me moví de su lado. Una hora antes de las oraciones,



BAMBALINAS

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS



Rosa la Guesa

le di un biberón de leche derretida con unas gotitas de yodo. De pronto noté como si acabara de nacer una llamita en el fondo de su mirada. Le pasé la mano varias veces por delante de los ojos y me di cuenta de que seguía su dirección. ¡Veía, Dios mío, veía! Entonces pronuncié su nombre. La creatura no lo había oído jamás; pero, por primera vez, lanzó un grito prolongado, alegre... sonrió.

Después, su cabeza se desplomó inerte sobre la almohada, como agotada. Dejó de existir. Tenía treinta años... años, señor, y sin embargo su vida, toda su vida solo duró un segundo.

[La Nana se mezcla con la Vexations de Satie. Se apaga la batería de luces cenitales blancas].

Se ilumina el escenario de la barraca (ZONA B). Sobre él se encuentra Otto Binnenthal.

Grevin cerrará uno a uno los tres cajones del archivador; muy despacio, con profundidad, cada cajón resonará, al cerrarse, como los depósitos frigoríficos de la morgue.

Grevin acompañará su cierre encajándolo en los intersticios de la última frase de Binnenthal, quien a la vez que corre sinuosamente un telón pintado con una cruz gamada, exclamará:

OTTO BINNENTHAL.- De nuevo, mi querido amigo Grevin, me he limitado a renovar mi stock de valores...

[Bajan la iluminación del escenario.

El telón con la cruz gamada queda iluminado detrás; ondea ligeramente como una bandera, como el telón de un teatro agujereado por el que se filtra el viento.

Lo único que se ve sobre el escenario es la transparencia de esta araña negra].

VOZ EN OFF.- ¡Última entrega de “Entre los monstruos”! ¡Compre! ¡Los seres humanos más increíbles, las criaturas deformes más impresionantes! ¡Monstruos que hablan! ¡Véanlos vivos en nuestras páginas! ¡Vean las fotografías de estos experimentos de la naturaleza! ¡Los hombres esqueleto, las mujeres tronco, los niños con cabeza de pájaro! ¡“Entre los monstruos”! ¡Sexta y última entrega....

[Pascal Grevin comienza a desvestirse. Suena un redoble circense. Oscuro].

FIN

